

Un cajón de manzanas

Esto que voy a contar ocurrió hace mucho tiempo, cuando las revistas de historietas se vendían por millares y no había nadie en la ciudad que no supiera quién era la Máscara Púrpura, o Cormack, el detective de lo sobrenatural, o Montana, el cowboy manco que había aprendido a disparar con la mano izquierda. Las revistas costaban cincuenta centavos, estaban impresas en un papel de mala calidad y eran en blanco y negro. El resto de la vida era a colores, pero ningún rojo, azul o amarillo me parecía más vivo que la tinta derramada en esas páginas.

No sólo compraba y leía las revistas, sino que las coleccionaba. Mi biblioteca era un cajón de manzanas que guardaba bajo la cama, un cajón de madera de pino sin cepillar. Había que manejarlo con cuidado para no clavar-se astillas. Todos los días repasaba mi colección de revistas, desordenándolas un poco, casi como si no me diera cuenta, para permitirme después el placer de ponerlas de nuevo en orden. Mi personaje favorito era Cormack, detective empeñado en luchar contra vampiros, espectros y

monstruos de la mitología. Cormack tenía su oficina en el sótano de un cine y desde allí salía para salvar a la ciudad de las criaturas de la noche. Yo ponía en orden mis revistas en el cajón de manzanas; Cormack ponía en orden el mundo. Ésa es la distancia que separa, ay, a los niños (y a los hombres) de los héroes.

Durante las tardes, después del colegio, jugaba a imitar esos dibujos. Parecía fácil al principio, mientras dibujaba lentamente un ojo, una puerta entreabierta, una bala de plata. Pero al mirar el conjunto me daba cuenta de que estaba muy lejos del original. Mi dibujo no tenía nitidez, ni fuerza, ni vida. El dibujante de Cormack hacía una mancha y era una sombra; yo dibujaba una mancha y era una mancha.

No me desanimé, y sin decirle nada a mi madre fui a la Editorial Libra, que en ese entonces ocupaba un edificio entero cerca del puerto. Había mucho movimiento en el hall de entrada del edificio, porque la editorial no publicaba sólo historietas, sino revistas de crucigramas, deportes, ajedrez; revistas para mujeres que se hacían sus propios vestidos; revistas para inventores, con planos de autos a vapor, robots caseros y submarinos. Las más exitosas eran las historietas y las novelas, que estaban divididas en cuatro series: *Far West*, *Besos*, *Espanto* y *Héroes de la vida real*.

Arrastrado por la multitud entré en el ascensor. Hubiera querido encontrar en la planta baja un escritorio donde hacerme anunciar. Me gustaba la idea de “hacerme anunciar”, era como enviar mi nombre para que llegara antes que yo. Pero al final mi nombre y yo llegamos juntos.

Tardé en abrirme paso, a los codazos, hasta el ascensorista, que manejaba con solemnidad la botonera de bronce, como si fuera el piloto de una nave.

—Busco al dibujante de Cormack —le dije.

—Séptimo —respondió y me dio un empujón, para que saliera, porque ya estábamos allí. Crucé una puerta de vidrio esmerilado y me encontré con una gran sala llena de dibujantes que trabajaban en sus tableros, bajo la luz azul de unas lámparas de bronce. Trabajaban en silencio y sólo se oía el ruido de las plumas sobre el papel y el de los grandes sacapuntas metálicos a manija, atornillados a los tableros, que dejaban los lápices afilados como punzones. A mi lado había una mujer sentada frente a un escritorio: estaba seria no por indiferencia sino con fuerza, como si encontrara felicidad en su amargura. Tenía anteojos de carey y el pelo echado hacia atrás, y un teléfono de baquelita negra que nunca soltaba. Hizo una señal con la ceja derecha, que indicaba que esperaba una pregunta, y otra con la ceja izquierda, que significaba que mi pregunta no le interesaba.

—Busco al dibujante de Cormack —dije.

—¿Para qué lo busca?

—Quiero ser dibujante.

—¿Y a cuál busca? Todos ellos dibujan a Cormack.

—¿Todos?

—A Cormack y a los demás.

Me sentí muy abatido.

—Si no tiene nada mejor que hacer...

Había durado poco mi aventura. La mujer estaba a punto de señalarme la puerta de vidrio, cuando metí la

mano en el bolsillo y saqué mi episodio favorito. Cormack se enfrentaba a la Gorgona, una dama de cabellos de serpiente cuya mirada convertía en piedra a quien se atreviera a mirarla. Cormack conseguía matarla, pero antes de morir la Gorgona lo miraba con algo que no era sólo furia. Ese cuadro, que ocupaba casi toda la página, me encantaba. Esa mirada me había llenado de inquietud.

—Busco al que dibujó esta página.

La secretaria, menos por amabilidad que para sacarse el problema de encima, levantó la revista que yo le mostraba y gritó:

—¿Quién dibujó a la Gorgona?

Los dibujantes parecieron despertar del sueño, y miraron la revista que la mujer sostenía en alto. Una mano se levantó en el fondo; el dibujante seguía con la mirada fija en el tablero, como si la mano se hubiera levantado sola.

Atravesé la sala y me acerqué hasta él. Era muy joven y vestía un pantalón de sarga gris y una camisa blanca que había sido fregada y vuelta a fregar pero que aun así conservaba viejas manchas de tinta negra.

—Ese dibujo es mío. ¿Por qué le interesa?

—¿Por qué tiene esa mirada la Gorgona? Está furiosa con Cormack porque la está venciendo. Pero en esa mirada no hay sólo furia.

El dibujante miró el dibujo, tratando de recordar el episodio. Al final respondió:

—Sólo hay una forma de matar a la Gorgona: usando un espejo para acercarse a ella. Cormack usó uno, como hizo Perseo, el héroe de la mitología. La Gorgona ha vivido en un mundo sin espejos, porque sabe que en los

espejos está la clave de su perdición. Cuando se mira en el espejo de Cormack se da cuenta de que es un monstruo: se ve por primera vez como la ven los demás. Pero se da cuenta también de que es hermosa. Entonces sonrío. No con la boca, con los ojos. Sonríe un segundo antes de que Cormack le corte la cabeza.

Miré a la secretaria para ver si estaba a punto de echarme. Pero no parecía pendiente de mí. Hablaba por teléfono mientras recibía de un cadete un sobre.

El dibujante me tendió la mano.

—Soy Laurenz.

—Juan Brum. Y quiero ser dibujante.

—Pero aquí no te contratan así como así.

—¿Hay que hacer una prueba?

—Nada de pruebas. Antes de ser dibujante hay que ser letrista.

—¿Letrista?

—Los que escriben las letras de las historietas. Están escritas a mano, ¿ves?

—Sí, ya sabía. Entonces quiero ser letrista.

—Nadie entra como letrista. Si no, ¡qué fácil sería todo! —Se notaba que a Laurenz no le gustaba que las cosas fueran fáciles—. Hay que empezar por el escalón de abajo: cadete.

—Pero yo quiero dibujar.

—No te desanimes. Los cadetes son quienes mejor conocen la editorial. Llevan los guiones que escriben los guionistas a los dibujantes, y de allí llevan las páginas dibujadas a los letristas, y de allí al taller de impresión. Todo el día en movimiento, de una punta a la otra del

edificio. Los cadetes tienen una visión de toda la editorial, conocen los conductos que unen las distintas partes del edificio, ven en un solo día a personas que no se verán jamás entre sí. Y así podrás elegir mejor tu lugar en la editorial. Ahora querés ser dibujante, pero mañana tal vez quieras ser letrista, o escribir las historias, o hasta convertirte en... un buscador de finales.

Iba a preguntarle qué era eso, pero nos interrumpió la campana de la secretaria.

—Señor Laurenz, necesitamos para hoy esa página de Montana.

Laurenz volvió a su trabajo: bajo el sol del desierto, dos buitres esperaban el resultado de un duelo.

La casa de Sanders

Y así fue como decidí presentarme como aspirante a cadete: en una oficina llené un formulario de papel amarillo, tratando de que me saliera buena letra. Esperé una semana, dos semanas, tres semanas, y me llamaron.

El jefe de los cadetes, el señor Greve, me miró con severidad y me tendió un uniforme.

—¡A prueba! —me dijo, para que yo no diera por sentado que el trabajo era mío.

No se habían preocupado por buscar un uniforme de mi tamaño. Intenté protestar.

—¡A prueba! —me recordó el señor Greve.

Todo me quedaba grande: los borceguíes, duros y negros, acordonados; los pantalones, la camisa gris. Inclusive el pañuelo que debía atarme al cuello tenía el tamaño de una sábana. Una parte fundamental del uniforme era un tubo metálico con correas de cuero que debía ajustarme a la espalda. También tenía que usar unos guantes gruesos de goma negra.

—¿Para qué quiero guantes? —pregunté.

El señor Greve no se dignó a contestarme, pero uno de los cadetes, Nogueras, alto y rubio, me respondió con tal ceremonia que me di cuenta de que me había tomado a la ligera una cuestión de suma importancia:

—Los cadetes marchamos tan rápido que las suelas de los borceguíes generan electricidad estática. Apenas tocamos algo de metal salta una chispa y se nos chamuscan los dedos.

Todo el uniforme tenía el aire un poco ridículo de los exploradores, pero gracias a los guantes, los superábamos. Apenas salí de la sala de cadetes me saqué los guantes. Media hora más tarde, después de haber subido y bajado las escaleras, me decidí a usar el ascensor. Apenas toqué el botón de llamada la descarga fue tan fuerte que caí sentado.

El ascensor se abrió y el ascensorista se quedó mirando cómo me frotaba los dedos chamuscados.

—Los guantes, muchacho.

Me puse los guantes de inmediato y desde entonces no me los volví a sacar.

Durante más de un mes trabajé sin salir del edificio. Era un trabajo agotador, todo el día subiendo y bajando las escaleras. Además mis pies bailaban dentro de los enormes borceguíes. A pesar del cansancio estaba contento: todos los días veía trabajar a los dibujantes y a los letristas. Éstos eran unos treinta y estaban siempre mucho más angustiados que los dibujantes. Vivían pendientes de los rumores; esperaban ansiosos que alguno de los dibujantes se jubilara o se fuera a vivir a una isla o sufriera

algún accidente que le impidiera el uso de la mano, para poder así ocupar su lugar.

Conocí también a los guionistas y escritores, que ocupaban el octavo piso. Había unos cincuenta escritorios, cada uno con su máquina de escribir, de donde salían todas aquellas historias de amor, de terror, del Oeste, y las vidas de los Héroes de la Vida Real (próceres, inventores, científicos). Los guionistas y escritores tenían siempre los dedos manchados de tinta o de grasa, porque siempre estaban hurgando en el corazón secreto de las máquinas.

La primera vez que visité el octavo piso uno de los escritores me preguntó:

—¿Material de Sanders?

Yo ni siquiera sabía quién era Sanders. El escritor pareció muy decepcionado. Desde entonces, siempre que entraba me recibían con la misma pregunta:

—¿Material de Sanders?

Pero yo venía a buscar guiones para los dibujantes o a traer mensajes de los dibujantes (preguntas sobre algo que no habían entendido) o de los letristas, que habían encontrado una contradicción en las historias. Cuando les decía que no traía nada de Sanders, que ni siquiera conocía a Sanders, se quejaban como chicos.

—¿Y cómo voy a seguir?

O si no, señalando el gran calendario que había en la pared:

—¡Tengo que entregar la historia pasado mañana!
¿Cómo quiere que haga?

Yo no tenía ningún consuelo para estas quejas.

Un día Greve, el jefe de cadetes, me llamó y me dijo, como de costumbre:

—¡A prueba!

Pero luego agregó:

—A prueba estuviste hasta ahora. Hoy te voy a encargar un trabajo de la Mayor Responsabilidad.

(Dibujaba con el índice las letras en el aire para que yo supiera que se trataba de mayúsculas).

—Vas a ir a buscar materiales a la casa de Sanders.

Entonces me entregó un sobre grande, que contenía, imaginé, varias hojas de papel, y me explicó cómo llegar a la casa de Sanders.

El tal Sanders vivía cerca de la estación del ferrocarril: el barrio había conservado las casas bajas y las calles empedradas. La casa de Sanders, tan vieja como las otras, tenía los postigos cerrados. El timbre —una pieza de bronce— colgaba de un cable. Preferí golpear la puerta, para evitar el peligro de quedar electrocutado. Lo hice una, dos, tres veces, hasta que una voz me preguntó quién era:

—Un cadete de la Editorial Libra.

—¿Uno nuevo? ¿Y al otro qué le pasó? ¿Lo interceptaron?

—No sé.

La puerta se abrió unos centímetros. Entregué el sobre; a cambio recibí una caja de cartón atada con cordel amarillo.

—¿Está ahí todavía? —preguntó la voz—. Más tiempo tarda, más rápido lo interceptan.

Al marcharme me di cuenta de que en ningún momento había visto la cara de Sanders. Caminé a paso vivo. La caja, tan liviana, parecía vacía.